

Con la venia,

Con gran emoción tomo la palabra para evocar la amable figura de Mons. Álvaro del Portillo y su actuación en el gobierno de la Universidad de Navarra como gran canciller desde septiembre de 1975 hasta su fallecimiento en marzo de 1994. Durante casi diecinueve años fue —tal como establecían los Estatutos de 1964— su autoridad suprema, presidiendo la corporación académica y velando por la inspiración cristiana de todas sus enseñanzas y actividades con fidelidad al espíritu de san Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador de la Universidad¹.

Como secretario general durante algo más de trece años (diciembre 1978 - enero 1992) fui testigo privilegiado de su cercanía paternal para con todos los que formábamos la comunidad universitaria desde el rector —en esos años los profesores Francisco Ponz (1966-79), Alfonso Nieto (1979-91) y Alejandro Llano (1991-96)— hasta el empleado más joven o los estudiantes con los que a menudo se reunió. Aun residiendo habitualmente en Roma, seguía con vivo interés todo lo que afectaba a la vida de la Universidad, impulsando siempre su desarrollo con optimismo y visión sobrenatural. Según se indicaba en la hermosa exposición "Un santo en datos" que pudimos admirar hace unos meses en la Biblioteca de la Universidad, don Álvaro estuvo en Pamplona en veinticuatro ocasiones, con un total de 258 días de estancia. Presidió ocho actos académicos y visitó la Clínica de la Universidad hasta catorce veces como paciente, prodigando siempre paz y serenidad para con todos los que se encontraban con él.

Como saben los más mayores, esta Aula Magna quedó totalmente calcinada en un atentado terrorista en la mañana del 12 de julio de 1980. En esos días festivos el rector Alfonso Nieto se encontraba en Inglaterra y antes de regresar de inmediato a Navarra pasó a despedirse de Mons. Álvaro del Portillo que se encontraba también en aquel país. Don Álvaro le recibió con enorme cariño y le entregó una breve carta para que nos la leyera a todos en la que nos pedía que perdonáramos a quienes habían cometido aquellas violencias y nos invitaba a rezar por ellos para que se arrepintiesen de sus descaminos. Añadía después como de paso que aquella noche era la que mejor había dormido en los días que llevaba en Inglaterra. A muchos nos saltaron las lágrimas al leer aquella confidencia de nuestro gran canciller, que mostraba su paternal humanidad, su

¹ Cf. F. Ponz y F. de Meer, "Mons. Álvaro del Portillo, Gran Canciller de la Universidad de Navarra (1975-1994)", *Nel centenario di Mons. Álvaro del Portillo*, Pontificia Università della Santa Croce, Roma, 12-14 marzo 2014.

constante preocupación por todas las almas, su grandeza de ánimo, y una ilimitada confianza en Dios.

Esta es la característica de don Álvaro en el gobierno universitario que querría destacar aquí: su *magnanimidad*, nacida de una clarividente convicción del papel de vanguardia que compete a la universidad en la configuración de la sociedad, aunada con un infatigable optimismo sobrenatural y la tenacidad inteligente, tan característica de un buen ingeniero. "La magnanimidad —dejó escrito Aristóteles— parece ser como un ornamento (*kósmos*) de las <demás> virtudes. En efecto, las hace más grandes (mayores) y no nace (surge) sin ellas. Por ello, lo difícil de ser verdaderamente magnánimo consiste en que no es posible serlo sin una genuina nobleza moral (*kalokagathía*)"². La grandeza de ánimo tiene mucho que ver con la fortaleza, con la capacidad de acometer grandes empresas que, detrás de una permanente sonrisa amable, fue característica de don Álvaro aprendida —nos diría él— de san Josemaría.

La verdadera magnanimidad —escribió el profesor Millán-Puelles— "constituye la cifra máxima de la dignidad de la persona humana"³. Es forma suprema de libertad, es estar sobre sí, llevar las riendas de sí, en sintonía con el bien común, con los intereses generales. Se trata de una particular forma de fortaleza que se opone a la pusilanimidad, a la timidez y al apocamiento, al miedo a tomar la iniciativa de la propia vida y a pensar por cuenta propia. Pertenece a esta virtud —señala Tomás de Aquino⁴— la confianza en sí mismo para todas aquellas cosas que uno es capaz de hacer por sí. Por tanto, excluye siempre toda equívoca manifestación de resignación o modestia, cuando son formas enmascaradas de encogimiento de ánimo y de mezquindad⁵.

Muchos de nosotros guardamos en la memoria la imagen de don Álvaro en esta Aula Magna en la colación de los doctorados *honoris causa* en la mañana del 29 de enero de 1994, apenas siete semanas antes de su fallecimiento. Merece la pena leer de nuevo su discurso final por entero: es un auténtico legado de don Álvaro para la Universidad en el que nos recuerda que "la institución universitaria no puede plegarse cómodamente a las fuerzas dominantes, sino que debe sacar de sus propios recursos, institucionales y éticos, las energías necesarias para encontrar soluciones adecuadas a [los] problemas tan acuciantes" que aquejan en la actualidad a Europa y al mundo.

Voy a limitarme a recordar el párrafo en el que figuran las hermosas palabras con las que fue titulado aquel discurso memorable al publicarse:

² Aristóteles, *Moral a Nicómaco*, lib. IV, cap. 3 1124a1-4.

³ A. Millán-Puelles, *Sobre el hombre y la sociedad*, Rialp, Madrid, 1976, p. 190.

⁴ Cf. Tomás de Aquino, *Suma teológica*, II-II, q. 129, a. 6, ad 1.

⁵ Cf. M. A. Peláez, *Ética, profesión y virtud*, Rialp, Madrid, 1991, pp. 98-99.

"Entusiasmar nuevamente a un mundo cansado"⁶. Esta es —me parece a mí— la urgente misión que en la cabeza y el corazón de don Álvaro compete a la Universidad y a cada uno de sus profesores, a través del estudio y la formación de los jóvenes, la investigación y el servicio a la sociedad. Cito: "Con mentalidad abierta a la universalidad del saber y con la generosidad de gastar su tiempo en la atención a cada estudiante, los profesores sabrán transmitir a los alumnos —por medio del ejemplo de su vida y la fuerza de sus palabras— las convicciones necesarias para combatir gozosamente el egoísmo particular y embarcarse en la aventura de entusiasmar nuevamente a un mundo cansado".

Para don Álvaro —haciéndose eco de las enseñanzas de Juan Pablo II— el problema más grave de nuestra sociedad es el egoísmo individualista que procede del materialismo práctico y está atrofiando la solidaridad humana incluso en países de vieja tradición cristiana. "Frente al pesimismo histórico de quienes creen asistir al ocaso de una era sin horizontes —expresó mi maestro Alejandro Llano en la sesión en memoria de don Álvaro en esta aula hace casi veinte años— él [don Álvaro] vivía con alegría serena este tiempo que nos ha tocado en suerte. Y es que había aprendido de san Josemaría a amar apasionadamente al mundo que nos corresponde transformar desde dentro"⁷. Para don Álvaro, la Universidad tiene un papel decisivo en esa tarea como crisol donde se lleva a cabo la formación de las nuevas generaciones.

Querría finalmente añadir dos recuerdos que me parecen ilustrativos de la amable personalidad de don Álvaro y de su actuación en el ejercicio de la suprema autoridad de la Universidad.

El primero procede de una sesión del Consejo de Patronos para las facultades de estudios eclesiásticos, que don Álvaro presidía y a la que asistían cuatro obispos. Como secretario leí la memoria y di noticia de la creación de la Facultad eclesiástica de Filosofía. En la conversación posterior Mons. del Portillo comentó que acababa de leer el excelente libro del profesor Mariano Artigas, decano de la nueva facultad, sobre las fronteras del evolucionismo. Con su habitual sencillez añadió un comentario de este tenor: "Realmente cuanto más se estudia un asunto, uno se da cuenta de que es más complicado". Aquellas palabras fueron para mí como un *flash* luminoso de esa atractiva síntesis de las dos culturas —la científica y la humanística— que encarnaba vitalmente don Álvaro. Como el trabajo de un ingeniero consiste habitualmente en identificar soluciones simples para la gestión de situaciones complejas, hubiera esperado

⁶ Publicado en *Nuestro Tiempo*, nº 477, marzo, 1994, pp. 120-124; compilado en Ateneo Romano della Santa Croce, *Rendere amabile la verità. Raccolta di scritti di Mons. Alvaro del Portillo*, Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1995, pp. 605-610.

⁷ A. Llano, "Mons. Álvaro del Portillo y la Universidad, Homenaje a Mon. Álvaro del Portillo, Eunsa, Pamplona, 1995, p. 102.

del gran canciller un elogio sobre lo claro que era aquel libro, lo bien que se entendía, pero no aquel espontáneo comentario incidental que denotaba tanto una profunda comprensión de la grandeza y las limitaciones de la razón humana, como, sobre todo, sus genuinas ansias de entender más, de comprender mejor, tan características de un gran universitario.

El otro recuerdo se remonta a una de las reuniones que solía tener con los miembros de la Junta de Gobierno en el mes de agosto en el llamado salón de grados del Rectorado. Eran reuniones sin orden del día en la que le contábamos cosas de la vida de la Universidad, los proyectos que llevábamos entre manos, nuestras ilusiones por atender mejor a los estudiantes, por servir mejor a la sociedad. A su vez don Álvaro nos abría su corazón para impulsar el desarrollo de la Universidad con optimismo y fe en Dios. En una de estas ocasiones, haciéndonos ver a la Junta de Gobierno que una de nuestras funciones era la distribución de trabajos entre quienes componen la comunidad universitaria nos venía a decir: "Poned a las personas en tareas que les gusten. Veréis que trabajan mucho mejor, con más eficacia, y además disfrutan con lo que hacen". Me pareció un consejo valiosísimo, podríamos decir quizá que de sentido común, pero que jamás había escuchado con anterioridad. Lo he recordado desde entonces muchísimas veces.

Si quienes trabajan en la Universidad han de entusiasmar nuevamente a un mundo cansado, los primeros entusiasmados tienen que ser, por supuesto, cada uno de ellos. Viene bien a este respecto recordar la etimología griega de *entusiasmo* que procede del griego ἐνθουσιασμός, "inspiración divina", "arrebato", voz derivada del verbo ἐνθουσιάζω, que significa literalmente "llevar una divinidad (θεός) dentro (ἐν)": ese es el genuino *entusiasmo* que don Álvaro quería para nosotros.

Termino pidiendo a Dios, por intercesión de don Álvaro, que todos nosotros en nuestro trabajo universitario aprendamos a vivir con su magnanimidad optimista, para acometer desde dentro, con la gracia de Dios, la honda transformación que nuestra sociedad necesita.

Muchas gracias.